

1

Yorkshire, mayo de 1871

—Dime que no es cierto —gruñó Edward Rawlings, hundiendo la cabeza entre las manos—. De Oxford, no, Jeremy.

El joven se quedó mirando a su tío con preocupación desde el otro lado de la mesa de la taberna. Se preguntó si debía llamar a la camarera y pedirle una copa de algo más fuerte que cerveza; Edward parecía necesitar un par de whiskies. Sin embargo, todavía era pronto, y estaban en el Goat and Anvil, una cantina a pocos kilómetros de la mansión de Rawlings, y el personal seguramente desaprobaría que el duque de Rawlings y su tío tomaran whisky antes del mediodía.

—Tampoco hay para tanto, tío Edward —respondió con tono despreocupado—. No irás a decirme que no te lo esperabas. Al fin y al cabo, ya he tenido el honor de ser expulsado de Eton y Harrow; no quería negarle el privilegio a tu alma máter.

Edward no se rió; aunque, en realidad, el muchacho tampoco esperaba que lo hiciera. Se puso a observar, pensativo, la cabeza inclinada de su tío. Lo había visto por última vez en Navidad, hacía seis meses, y le pareció

que tenía las sienes más grises. Jeremy no se creía tan importante para suponer que era el único culpable de ese cambio; por aquel entonces, su tío era uno de los caballeros más influyentes de la Cámara de los Lores y, en una posición de tanta autoridad, era comprensible que tuviera unas cuantas canas, que incluso resultaban necesarias para reafirmar la posición de un hombre a quien, con poco más de cuarenta años, los pares más conservadores podían considerar demasiado joven. No obstante, al duque le disgustaba añadir más preocupaciones a las ya de por sí fatigosas responsabilidades de su tío.

—Expulsado de Oxford —refunfuñó Edward al tiempo que sorbía la espuma que sobresalía de la jarra de cerveza.

Desde que Jeremy le había dejado caer casualmente la razón de su súbita reaparición en Yorkshire, su tío no había dejado de repetir esa misma frase, y el joven estaba empezando a arrepentirse de habérselo contado. Se daba cuenta, cuando ya era tarde, de que debería haber esperado a anunciarlo durante la cena en la mansión, en presencia de su tía Pegeen. Aunque no había nadie en el mundo a quien detestara más decepcionar, al menos ella, a diferencia de su esposo, nunca perdía la perspectiva ante las muchas y variadas desgracias de su sobrino. Por el hecho de que le hubieran echado de Oxford, Pegeen no arquearía una ceja. Sin embargo, cuando supiera la verdadera razón de su expulsión... eso sí que la apenaría, y por eso, antes de volver a casa, el muchacho había elegido contárselo a su tío.

—¡Maldita sea! —exclamó Edward, levantando finalmente la cabeza para mirar a su sobrino a los ojos, del mismo tono gris claro que los suyos—. ¿Por qué tenías que matarle, Jerry? ¿No podías simplemente herirlo?

—Cuando un hombre asegura que tiene intención de luchar contigo hasta la muerte, se considera más sensato despacharlo para siempre, si es posible —respondió Jeremy con cierta acritud—. Si sólo lo hubiera herido, cuando se hubiera recuperado habría venido a por mí. No puedo pasarme la vida vigilando si hay algún loco asesino a mis espaldas.

—¿Y dices que nunca tocaste a esa chica? —preguntó Edward meneando la cabeza.

Por primera vez, Jeremy pareció incómodo. El muchacho había crecido hasta alcanzar la misma altura y corpulencia que su tío, que, con su metro ochenta de altura, sobresalía por encima de la mayoría de los hombres. Por esa razón, los estrechos bancos del Goat and Anvil le resultaban pequeños, y tenía que poner los codos en la mesa para poder respirar. Sin embargo, en aquel momento ésa no era la razón de su incomodidad.

—Bueno —dijo despacio—. Yo nunca he dicho que no la tocara...

—Jeremy —murmuró su tío con amenazante desaprobación.

—Pero te aseguro que nunca tuve intención de casarme con ella. Y ése es el problema.

—Jeremy —repitió Edward con la voz grave que el joven sabía que utilizaba en sus intervenciones en el parlamento y para disciplinar a sus hijos—. ¿Acaso no te he explicado miles de veces que hay mujeres con las que un hombre puede... entretenerse sin que esperen que se case con ellas, y otras con las que es mejor no relacionarse a menos que sus intenciones sean...?

—Lo sé —respondió Jeremy rápidamente. Quería interrumpir un sermón que se sabía de memoria, pues lo había escuchado al menos dos veces al mes desde que

había empezado a afeitarse—. Y puedo asegurarte que, con los años, he aprendido la diferencia. Pero a esta joven en particular me la presentaron a propósito, ahora lo entiendo, y aunque no puedas imaginarte algo tan sórdido, fue su propio hermano, y lo hizo de tal modo que cualquier hombre habría creído que no era más que una grosería de la que disponer a voluntad. Te aseguro que la chica aceptó el dinero de inmediato. Pero después, cuando el mal estuvo hecho, ese Pierce vino a verme vociferando, escandalizado de que hubiera mancillado el honor de su hermana. —Jeremy se estremeció al recordarlo—. Insistió en que debía casarme con aquella desvergonzada o me las vería con la punta de su estoque. ¿Es sorprendente pues que eligiera el estoque? —El joven levantó la jarra y tomó un trago de cerveza—. Pierce tuvo mala suerte al elegir la espada —añadió, extrañado—. Creo que le habría ido mejor con las pistolas.

—Jeremy... —Edward, que en los once años desde que lo conocía se había vuelto más delgado y atractivo al haber abandonado la vida disipada, adoptó una expresión severa—. Eres consciente de que has cometido un asesinato, ¿verdad?

—Oh, vamos, tío Edward —le reprochó—. Fue una lucha justa, incluso su propio padrino lo dijo. Además, debo admitir que le apunté al brazo, y no al corazón, pero el muy estúpido intentó hacer un amago, y lo siguiente que recuerdo es que...

—No apruebo los duelos —le interrumpió su tío con tono imperioso—. Intenté dejártelo bien claro la última vez que ocurrió. Y recuerdo perfectamente haberte dicho que, si querías luchar, lo hicieras en el Continente, ¡por Dios santo! Que formes parte de la aristocracia no

te pone por encima de la ley, y lo sabes. Así que ahora no te queda otro remedio que irte del país.

—Lo sé —respondió Jeremy poniendo los ojos en blanco. Aquel sermón también lo había oído docenas de veces.

Edward no se percató del hastiado tono de voz de su sobrino.

—Supongo que la villa de Portofino será el mejor lugar, aunque creo que en este momento el apartamento de París también está desocupado. Como prefieras. Supongo que seis meses será suficiente. Eres muy afortunado de que la universidad no tuviera pruebas suficientes para interponer una acción judicial, pues...

—Sí —le interrumpió el joven con un guiño—, pues ahora mismo estaría entre rejas, en vez de estar disfrutando de una jarra de cerveza con mi querido tío Ed.

—Te agradecería que no bromearas sobre ello —le reprendió Edward con severidad—. Eres duque, Jerry, y eso te confiere tantos privilegios como responsabilidades, y una de ellas es que deberías refrenarte de matar a tus conciudadanos.

Entonces fue Jeremy quien se enfadó. Después de posar ruidosamente la jarra de cerveza, golpeó con fuerza el centro de la mesa con el puño tan apretado que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Acaso crees que no lo sé? —explotó con un tono de voz lo bastante bajo como para no llamar la atención de los demás clientes de la taberna—. ¿No te das cuenta de que me lo has metido en la cabeza durante la última década? Desde el día en que apareciste en la puerta de Applesby y le dijiste a Pegeen que era el heredero del ducado de Rawlings no he oído otra cosa que «No puedes hacer esto, Jerry, recuerda que eres duque»,

«Tienes que hacer lo otro, Jerry, eres duque». Por Dios bendito, ¿tienes idea de lo harto que estoy de que me digan lo que debo y no debo hacer?

Edward pestañeó, sorprendido ante aquel súbito arrebato de cólera.

—No... pero tengo la impresión de que vas a decírmelo.

—Yo nunca quise marcharme a otro colegio —continuó el muchacho con amargura—. Habría preferido quedarme en la escuela del pueblo, aquí, en Rawlingsgate. Pero aun así, me enviasteis a Eton, y cuando me expulsaron sobornasteis a los de Harrow, y después a los de Winchester, y luego resultó que aún debía pasar los siguientes años de mi vida en la universidad. No tenía ningún interés en ir a Oxford, y lo sabes, pero insististe a pesar de que estaba claro que manejo mucho mejor la espada que la pluma. Así que ahora no te sorprendas de que me hayan expulsado de Oxford acusado de batirme con un compañero.

—A quien admites haber asesinado —remarcó su tío.

—¡Por supuesto que lo maté! —Jeremy alzó las manos con las palmas hacia arriba, en un gesto de impotencia—. Pierce era un canalla y un parásito, y no soy la única persona que se alegra de que haya muerto, pero no sentí más satisfacción acabando con él que la que hubiera sentido aplastando a un mosquito. Y tienes la osadía de acusarme de bromear sobre ello. ¿Y qué quieres que haga? Hasta ahora, toda mi vida no ha sido más que eso, una broma. ¿No te parece? —El joven miró a su tío, al otro lado de la mesa—. ¿Y bien? ¿No lo ha sido?

Edward, de facciones tan finamente cinceladas y atractivas como las de su sobrino, esbozó una mueca cínica.

—Oh, sí—respondió con sarcasmo—. Tu existencia ha sido verdaderamente trágica. Nunca has tenido el amor ni el cariño de nadie. Tu tía Pegeen no sacrificó nada por ti durante todos esos años que te cuidó sin tener la más remota idea de que heredarías un ducado. Nunca se privó de comer para asegurarse de que tú disfrutaras de un buen desayuno...

—No metas a Pegeen en esto —le interrumpió Jeremy de inmediato—. No estoy hablando de ella, sino de cómo, después de traernos a Rawlings y casarte con ella, tú...

Por primera vez desde que le había contado lo de la expulsión, Edward parecía divertirse.

—Si te molesta que me casara con tu tía, Jerry, me temo que es un poco tarde para ponerle remedio. No olvides que ya tienes cuatro primos. Sería difícil convencer al arzobispo de que anulara nuestra unión.

El joven no se rió.

—A ver, tío Edward —repuso—. Te lo preguntaré de otra forma. ¿Por qué invertiste tanto tiempo y dinero en encontrarme hace once años, cuando podrías haberle dicho a todo el mundo que tu hermano mayor no había tenido hijos, y haberte quedado con el título?

—Porque eso habría sido deshonroso —respondió su tío, perplejo—. Sabía que John había tenido un hijo antes de morir, y era justo que ese niño heredara el título de su padre.

—Eso no es lo que me contó sir Arthur —respondió Jeremy negando con la cabeza—. Me dijo que tú no querías cargar con la responsabilidad de ser duque, y que ibas a hacer lo que fuera para evitar heredar el título.

—Bien —respondió Edward, encogiéndose de hombros, incómodo a pesar del impecable corte de la cha-

queta—. Eso no es del todo cierto, pero no se aleja de la verdad.

—Pues bien, ¿cómo crees que me siento? —inquirió el muchacho—. ¡Yo tampoco lo quería!

—¿Y por qué no, si se puede saber? —preguntó su-
biendo el tono de voz—. ¿Acaso no posees una de las
mayores fortunas de Inglaterra? ¿No tienes los mejores
caballos? ¿No eres el propietario de una casa en Lon-
dres, de una de las mayores mansiones de Yorkshire, de
un apartamento en París y de una villa italiana? Tienes
más de setecientos criados, el mejor sastre de Europa y
un escaño en la Cámara de los Lores que, ahora que has
alcanzado la mayoría de edad, te cederé con mucho gusto.
Gozas de todos los privilegios, de todas las prerrogati-
vas que alguien de tu posición merece...

—Menos la libertad de hacer lo que quiera —le in-
terrompió su sobrino en voz baja.

—Oh, sí, muy bien —dijo de nuevo Edward con sar-
casmo—. Hay que reconocer que es un precio elevado.
Pero ¿qué quieres exactamente, Jerry? Quiero decir,
aparte de acostarte con mujerzuelas y matar a gente.

Fue una suerte para el muchacho que, en ese mismo
instante, la camarera se acercara a la mesa, pues, de otro
modo, tal vez hubiera cometido otro asesinato.

—¿Puedo traerle algo, excelencia? —Rosalinda, cuyas
mejillas y boca rosada hacían honor a su nombre, sonrió
con gracia a los dos caballeros mientras se inclinaba
para limpiar la mesa con un trapo húmedo, ofreciendo
a Jeremy una generosa vista del precioso valle entre los
pechos generosos—. Otra jarra de cerveza, ¿tal vez?

—No, gracias, Rosalinda —respondió el duque ha-
ciendo un esfuerzo para desviar la mirada al rostro—.
¿Y tú, tío?

—No, nada más, gracias —contestó Edward.

El joven se dio cuenta con disgusto de que su tío ni siquiera se había percatado del modo en que se había abierto el corpiño de la muchacha. Por lo que él sabía, su tío jamás había mirado a otra mujer que no fuera su esposa.

—¿Qué tal está tu padre, Rosalinda? —preguntó Edward educadamente—. He oído decir que no se encuentra muy bien.

—Oh, ya está mucho mejor. Gracias, señor. Se tomó el tónico que nos mandó su esposa y se repuso en seguida. —Rosalinda consiguió responder con cortesía a la pregunta sin apartar la vista de Jeremy, quien, sintiéndose incapaz de desviar la mirada de su escote, había vuelto la cabeza hacia la ventana emplomada—. ¿Va a quedarse por aquí un tiempo, excelencia, o va a volver pronto para continuar sus estudios?

—No estoy seguro —respondió el muchacho—. Supongo que me quedaré al menos unos días...

Como evitaba a toda costa mirar a la camarera, el joven no la vio sonreír, ni advirtió el fulgor en los azules ojos.

—Oh, me alegro mucho. Y estoy segura de que la señorita Maggie también se pondrá muy contenta. Precisamente el otro día me la encontré en el mercado, y cuando le pregunté cuándo volvería a ver a su excelencia, me respondió que no lo sabía, pero que había pasado tanto tiempo que cuando se encontraran no se reconocerían.

Jeremy se limitó a asentir educadamente con la cabeza a modo de respuesta, pero, al parecer, fue suficiente para que Rosalinda se retirara como si le hubieran crecido alas. Cuando la muchacha estuvo lo bastante lejos para no oír lo que decían, el joven apartó la mirada del

caballo de tiro en la que la había tenido fija durante el tiempo que la camarera le había estado hablando y se volvió hacia su tío.

—¿Lo ves? —preguntó—. ¿Entiendes ahora a lo que me refiero? Ni siquiera puedo estar tranquilo en la taberna del pueblo. Vaya donde vaya tengo que poner límites a las personas que quieren algo de mí.

—No creo que Rosalinda Murphy quiera nada de ti, Jerry —replicó Edward con serenidad—. Me ha parecido que sólo se interesaba por tu bienestar.

—No se interesa por mi bienestar —le corrigió el muchacho—, sino por mi dinero.

—O por tu persona —añadió su tío con una carcajada—. La joven se ha prendado, ¿qué hay de malo en ello?

Jeremy resopló con impaciencia.

—¡Pues que no me desea a mí! —insistió—. ¡Sino mi dinero, y ese maldito título! Todas las mujeres que conozco, en el preciso instante en que se enteran de que soy duque, no dejan de repetir «que si su excelencia esto» o «que si su excelencia aquello», y sólo piensan en el día en que puedan anteponer a su nombre el título de duquesa de Rawlings. Lo veo en sus ojos; se imaginan con la tiara en el pelo y un armiño sobre los hombros.

—Lo que ves en sus ojos, Jerry, es deseo, pero no por el título —contestó el caballero procurando, sin conseguirlo, contener una sonrisa—. Mírate. Tal vez todavía te consideres el muchacho esmirriado que eras a los diez años, pero Rosalinda ve a alguien totalmente distinto. Ella ve a un joven alto y robusto, con el pelo oscuro y los ojos claros, con unos bonitos dientes...

—Dudo que Rosalinda Murphy se haya fijado jamás en mis dientes —murmuró el chico, intentando di-

simular la vergüenza que le provocaban las palabras de su tío.

—Tal vez no —rió—. Pero sigues siendo un hombre apuesto, y no puedes pretender que las mujeres no se fijen en ti. Y cuando lo hagan, no deberías despreciar esas atenciones por creerlas sólo fruto del interés material.

—Desde luego ser duque no me facilita las cosas —musitó Jeremy incómodo, rozando con los labios la espuma de cerveza—. ¡Por Dios, pero si ni siquiera puedo elegir a la persona con quien quiero casarme! Tiene que ser una mujer que sepa comportarse como una duquesa.

—Cierto. Pero eso no significa que no puedas encontrar la felicidad con una mujer que además sea una perfecta duquesa. —Y, pensativamente, levantó la jarra—. Al fin y al cabo, yo lo conseguí.

—Es una lástima que mi padre no fuera tan sensato —comentó el joven con amargura—. De dos hermanas, eligió la que al final hizo que lo mataran.

Sorprendido e incómodo, Edward se aclaró la garganta y dejó la jarra en la mesa.

—Sí, en fin. No obstante, creo que cuando John conoció a tu hermana Pegeen sólo tenía diez años, así que no estaba disponible. —De pronto, como si se hubiera acordado de algo, se inclinó hacia adelante y, en un tono de voz completamente distinto, añadió—: Por cierto, Jerry, no le digas a tu tía por qué te han echado esta vez.

—No iba a hacerlo —replicó el joven con frialdad—. Lo último que quiero es que tía Pegeen se entere. Sin embargo, estoy seguro de que lo acabará sabiendo de todos modos. Incluso es posible que salga en los periódicos.

—Desde luego —respondió su tío asintiendo brevemente con la cabeza—. Pero no es lo mismo que si tú lo

confieras. Ésa sería la única manera de que Pegeen creyera que has cometido un asesinato.

—Tienes razón —continuó Jeremy con una sonrisa tan cínica como la de su tío momentos antes—. Cómo iba a hacer yo algo así, un chiquillo que lloró durante horas después de su primera cacería porque sentía lástima por el zorro.

—Tampoco lloraste tanto —replicó Edward revolviéndose en el asiento, azorado al recordar aquel infausto día—. Pero tienes razón. Resulta difícil de conciliar lo que eras entonces con lo que eres ahora.

—¿Y qué es lo que soy ahora? —preguntó Jeremy, con la misma expresión sarcástica en la mirada.

—Tú sabrás —contestó su tío antes de tomar otro trago de cerveza. Después preguntó—: ¿Qué clase de hombre quieres ser?

—Lo que sea, menos duque —dijo Jeremy sin pensarlo dos veces.

—Pero eso es imposible.

El joven asintió, como si esperara aquella respuesta y, sin decir una palabra más, se levantó.

—¿Dónde vas? —le preguntó Edward, sorprendido.

—Al infierno —contestó el muchacho con indiferencia.

—Ah —asintió Edward, echándose atrás en la silla. Levantó la jarra de cerveza en dirección a la espalda de su sobrino, como si brindara solemnemente—. Entonces te esperamos en casa para la cena.